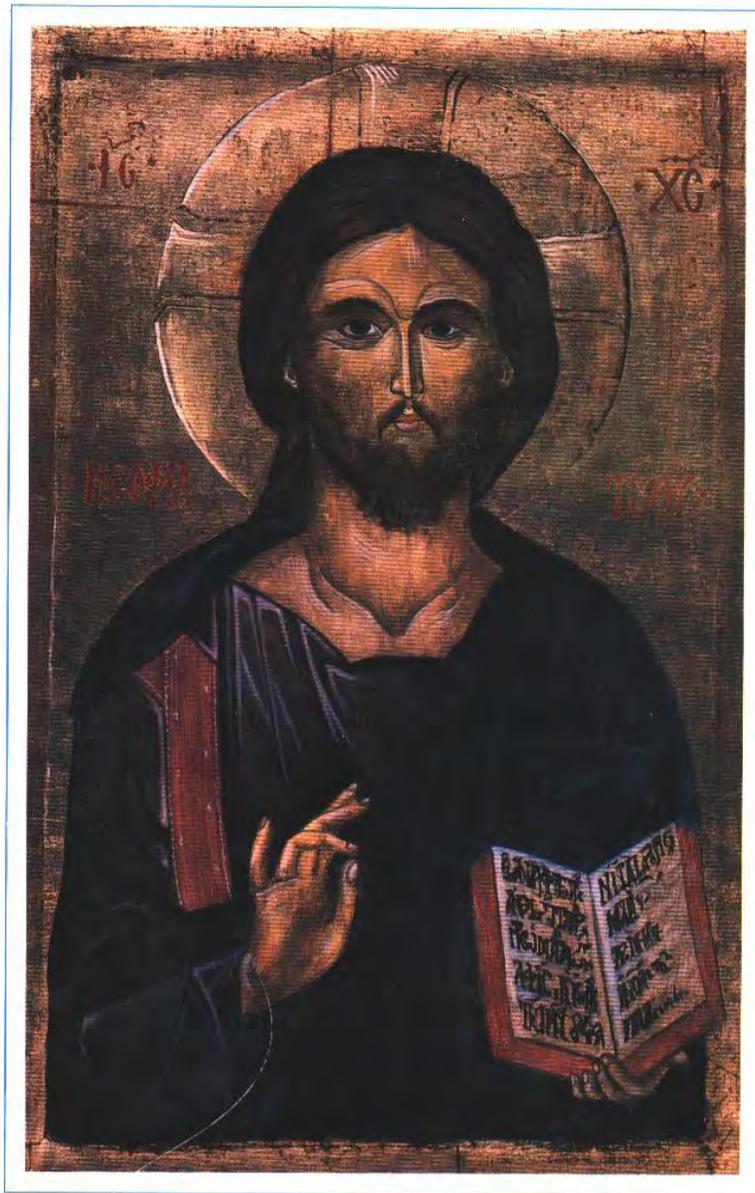




EDUCACION MEDICA U.C.





**Pontificia Universidad
Católica de Chile
Facultad de Medicina**

Educación Médica U.C. N° 3 / 85

Comité Editorial

DR. LORENZO CUBILLOS OSORIO
PROFESOR TITULAR DE CIRUGIA

DR. IGNACIO DUARTE GARCIA DE CORTAZAR
PROFESOR ADJUNTO DE ANATOMIA PATOLOGICA

DR. RICARDO FERRETTI DANERI
PROFESOR TITULAR DE MEDICINA

SR. OMAR ROMO VALENZUELA
PROFESOR TITULAR DE EDUCACION MEDICA

Foto Portada:

*PANTOKRATOR = Señor Todopoderoso,
Nombre que se da a todas las imágenes de Cristo
(Iconos) con bendición y libro.*

*Pantokrator Imagen: "Cristo Sabiduría Divina"
Escuela Salónica siglo XIV. Anónimo
Tamaño Original: 1.55 x 0.99
Imagen se encuentra en Museo Bizantino de Atenas*

*Copia realizada por Trinidad Irrázaval.
Imagen central Capilla Hospital Clínico de la
Pontificia Universidad Católica.*

*EDUCACION MEDICA U.C.,
editada por la Facultad de Medicina
de la Pontificia Universidad Católica de Chile*

Inscripción Nº 62.929

*Diagramación e Impresión
Alfabeto Impresores
Lira 140 - Santiago*

Indice

Prólogo	5
Enriquecer la profesión médica con la dimensión ética y la visión cristiana del hombre.	
Discurso del Santo Padre a los profesores y alumnos de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán (28 de junio de 1984)	7
Compromiso del profesional de Salud	
Clase Magistral. Inauguración del Año Académico de Medicina, 1984	
Dr. Arturo Jarpa Gana	11
Inauguración Año Académico de Medicina 1985	
Discurso del Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile	
Dr. Juan de Dios Vial Correa	21
Discurso de entrega de Grados Académicos Honoríficos, en representación del Consejo de la Facultad de Medicina	
Dr. Gastón Chamorro Spikin	23
Palabras de agradecimiento del Dr. Fernán Díaz Bastidas, en representación de sus colegas, en la ceremonia de entrega de Grados Académicos Honoríficos . .	33
Discurso del Decano de la Facultad de Medicina	
Dr. Pablo Casanegra Prnjat	35
Primer Encuentro de Académicos de la Escuela de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Los Andes, 1984	
Introducción al Primer Encuentro de Académicos de la Escuela de Medicina	
Dr. José Manuel López Moreno	43
Ciencia y valores humanos	
Dr. Héctor Croxatto Rezzio.	45
Biotecnología, un desafío para la Universidad	
Dr. Federico Leighton Puga.	55
Ciencia, tecnología y salud en Chile	
Dr. Jaime Lavados Montes.	71
Formas del pensar psiquiátrico en el siglo XX	
Dr. Armando Roa Rebolledo	81
Ciencia, medicina y cosmovisión cristiana	
R.P. Hernán Alessandri Morandé	109

Oración Oficial de la Pontificia Universidad Católica de Chile

*¡Ven, Oh Espíritu Santo, llena los
corazones de tus fieles y enciende
en ellos el fuego de tu amor!*

*Envía tu Espíritu y todas las cosas
serán creadas.*

– Y renovarás la faz de la Tierra

*¡Oh Dios que habéis iluminado los
corazones de tus fieles con las luces
del Espíritu Santo, dadnos el
saber rectamente, según el mismo
Espíritu y gozar siempre de Sus
consuelos!*

Por Cristo Señor Nuestro.

– Así sea.

San Lucas

– Ruega por nosotros

PENTECOSTES.
Obra magistral de Domenico Theotocópuli
(El Greco). Museo de El Prado. Madrid.



Prólogo

*C*umpliendo con nuestro propósito de fortalecer y difundir el genuino espíritu cristiano de nuestra Escuela de Medicina, les entregamos hoy este nuevo número de "Educación Médica U.C.", que contiene documentos de algunas de las actividades académico-humanistas realizadas en los años 1984-1985.

En plena concordancia con las Jornadas Pastorales "Encuentro con Juan Pablo II", queremos que los reiterados mensajes del Pontífice Máximo a los profesionales de la salud, encuentren especial resonancia en el seno de nuestra Facultad. Su Santidad el Papa ha tenido y tendrá siempre una tribuna de honor en nuestras páginas. En esta oportunidad transcribimos su discurso: "Enriquecer la profesión médica con la dimensión ética y la visión cristiana del hombre".

La inauguración de un año académico es una instancia para reflexionar sobre una carrera de complejidad creciente como es la Medicina, para clarificar los objetivos y formular los mejores propósitos curriculares. Por ello, no quisimos que quedara atrás la magnífica clase magistral del Prof. Dr. Arturo Jarpa Gana, dictada en la circunstancia señalada, en abril de 1984, y en la cual dio a conocer abiertamente su selecto espíritu como creyente y como docente. El comienzo oficial del año académico 1985 tuvo ribetes especiales, porque, además de los mensajes de alto nivel universitario, tanto del nuevo Rector de la Universidad, Prof. Dr. Juan de Dios Vial Correa, como de nuestro Decano Prof. Dr. Pablo Casanegra Prnjat, se reconoció públicamente la labor realizada por grandes servidores de nuestra Institución. El concepto de valor universitario es esencialmente humano: la Universidad vale por sus hombres y reconocer el esfuerzo de sus infatigables y abnegados servidores, es un gesto que la enaltece. Por eso, todos vibramos de emoción y alegría cuando nuestro Decano agradeció públicamente la notable gestión del Rector Emérito de la Universidad, Sr. Jorge Swett Madge, como cuando se distinguió con el grado académico honorífico de Profesor Emérito a los Dres. Fernán Díaz Bastidas y Ramón Ortúzar Escobar. De igual modo fue causa de regocijo general cuando los grandes Maestros de la Medicina de nuestra Escuela, los Profesores Dres. Raúl Croxatto, Raúl Dell'Oro, Roque Kraljevic y Gabriel Letelier, fueron nominados Miembros Honorarios de la Facultad de Medicina.

En esta ocasión el Prof. Dr. Casanegra entregó una visión muy completa de los logros alcanzados durante su extraordinaria gestión como Decano y que

compromete hondamente la gratitud de nuestra Comunidad de Medicina. Una de las realizaciones más notables es la ampliación de la planta física y el equipamiento del Hospital Clínico, en un momento en que el país atraviesa un período de gran adversidad económica.

El 3 de octubre de 1985, iluminados por el Salmo 127: "Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los constructores", en una solemne y concurrida ceremonia se procedió a la inauguración y bendición de la ampliación del Hospital Clínico. En esa oportunidad hicieron uso de la palabra el Rector de la Universidad y el Decano de la Facultad de Medicina de la Pontificia Universidad Católica de Chile. El Cardenal Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Universidad, Monseñor Juan Francisco Fresno Larratín, después de una homilía, bendijo el nuevo recinto. En el momento de la oración de los fieles y a solicitud de la Pastoral Hospitalaria, expresé la siguiente petición: "¡Señor, te pedimos que junto con bendecir la expansión física y el desarrollo tecnológico de nuestro Hospital Clínico, muevas el alma de todos los docentes, alumnos y personal que aquí laboramos, para que todos vivamos, profundicemos e irradiemos la más pura y ardiente caridad cristiana. Que nuestros corazones palpiten al unísono con el Corazón de Jesús, Santo Patrono de esta Institución, como fue el íntimo anhelo de sus ilustres fundadores. Que nunca se borre de nuestras mentes que esta Clínica Universitaria fue creada para cumplir funciones docentes, a través de la atención solícita de los que sufren, especialmente de los más pobres y necesitados. Que el Espíritu Santo nos ilumine y nos permita percibir siempre el rostro de Cristo en cada paciente que golpee las puertas de este Hospital!"

La búsqueda del equilibrio armónico entre estos ideales, la incorporación de recursos tecnológicos avanzados, el alto costo de un hospital moderno y la dura realidad económico-social que afecta a la mayor parte de nuestra población, constituye un tremendo desafío para nuestra Escuela de Medicina. Por esto, la Dirección de ella, muy consciente de esta compleja situación y con el entusiasta liderazgo del Prof. Dr. José Manuel López, organizó y realizó, a fines de 1984, el Primer Encuentro de Académicos de nuestra Escuela de Medicina, en el Hotel Balneario Termal "El Corazón", en Los Andes. En esta reunión, distinguidos docentes analizaron y dialogaron en profundidad sobre algunos aspectos de esta candente problemática, que en ningún caso ha perdido su vigencia. En este número de nuestra revista tenemos el agrado de entregarles los textos completos de las excelentes ponencias presentadas.

Con humildad y con fervor imploramos la ayuda del Espíritu Santo, para resolver con dignidad de cristianos este y todos los problemas que vayan surgiendo en el desarrollo histórico de nuestra querida Escuela de Medicina.

Santiago, octubre 18 de 1985.
Día de San Lucas, Patrono de los médicos.


Dr. LORENZO CUBILLOS O.
Editor Responsable



Enriquecer la profesión médica con la dimensión ética y la visión cristiana del hombre

Discurso del Santo Padre a los profesores y alumnos
de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán
28 de junio de 1984 *

* L'Osservatore Romano. Edición semanal en lengua española. Nº 32 (814). Domingo 5 de agosto de 1984, página 10.

Queridísimos hermanos y hermanas:

Una institución digna de la Iglesia

Al entrar en este auditorio de la Facultad de Medicina de la Universidad Católica me ha invadido un sentimiento de alegre reconocimiento: me vuelven a la mente las palabras que mi predecesor Benedicto XV dijo al p. Gemelli y a mons. Olgiati cuando se disponían a presentarle el proyecto de la fundación de la primera sede milanesa de la Universidad Católica: “Hacéis una cosa grandiosa, digna del nombre católico”. ¡Esta sede universitaria es realmente grandiosa y digna de la Iglesia!

Desde este lugar, donde se viven los momentos más solemnes y cualificados de la vida académica y se celebran los congresos científicos que se reúnen aquí, procedentes de Italia y del extranjero, sube al Señor la acción de gracias del Papa y de la Iglesia; acción de gracias que se dilata con el recuerdo de tantas almas grandes y ejemplares que nos han precedido en el reino del Padre celestial: el padre Agostino Gemelli, Armida Barelli, Francesco Vito, Gian Carlo Brasca, personalidades que han ofrecido ideas, prodigado energías, dedicado la vida y elevado a Dios oraciones vibrantes en favor de esta sede.

Mi agradecimiento y mi saludo al señor Rector —a quien expreso también mi reconocimiento por las corteses palabras que me ha dirigido—, al Presidente, a los profesores y a los estudiantes aquí presentes y a los doctores esparcidos por Italia y por el mundo; pero mi pensamiento se dirige también a todos los servidores silenciosos y diligentes, almas sencillas de empleados y obreros; a los sacerdotes que realizan su ministerio de gracia y el mandato de formar las conciencias juveniles. A todos expreso mi sentimiento de aprecio afectuoso y agradecido.

Médicos “cristianos”

El padre Gemelli, a quien recordamos hoy con ocasión del XXV aniversario de su muerte, explicando a los católicos italianos el porqué de la fundación de esta Facultad de Medicina, afirmaba que se trataba, no tanto y no tan sólo de dar al futuro médico una orientación de pensamiento, es decir, de hacer un médico, cuanto de hacer un médico cristiano. Y añadía que eran necesarios médicos, los cuales, teniendo el alma educada en la observación de las normas del Evangelio, vieran en el enfermo a un hermano necesitado de ayuda.

El padre Gemelli había captado bien la finalidad prioritaria y característica de esta Facultad, su finalidad educativa.

La profesión médica sufre hoy fundamentalmente una crisis de identidad: existe el peligro grave de que esta profesión, nacida y crecida como compromiso de servicio al hombre doliente, sufra la desviación de las ideologías y se la utilice en daño de la vida humana. Cuando se llama a la profesión médica para que suprima la vida; cuando se la emplea para eliminar al moribundo; cuando se deja conducir a actuaciones que van contra el designio del Creador en la vida de la familia o se deja llevar por la tentación de la manipulación de la vida humana, perdiendo de vista su auténtico objetivo en favor del hombre más desafortunado y más enfermo, en esos casos la profesión médica pierde su ethos, se vuelve ella misma enferma, extravía y ofusca su propia dignidad y autonomía moral.

Los médicos del futuro

Era necesario entonces —y lo es más aún hoy— tener una escuela en la que todos sus componentes actúen armónicamente en orden a obtener la finalidad educativa, que es la de mantener y enriquecer en la profesión médica la dimensión ética y la visión cristiana del hombre.

Investigación, didáctica, testimonio y ambiente educativo: todo puede converger afortunadamente en una institución universitaria para favorecer una tradición y una “escuela” que sepan ofrecer a los jóvenes voluntariosos una riqueza educativa que de otro modo no se puede alcanzar. Estudiantes creyentes y profesores conscientes de su fe y de sus responsabilidades educativas pueden encontrarse en cualquier otra institución civil análoga; pero precisamente estas personas que viven la experiencia y el testimonio cristiano en la diáspora del mundo secularizado son las que esperan de una institución providencial como ésta una línea, un pensamiento y un punto de referencia.

Transcurridos veinte años, y después del ulterior desarrollo de las estructuras de investigación, de didáctica y de asistencia, se impone un compromiso todavía mayor por tutelar y promover cada vez más la identidad moral y cristiana de la facultad querida por el p. Gemelli. Vuestra Facultad ha gozado, desde el principio del beneficio que supone tener cursos institucionalizados de teología y de ética, paulatinamente potenciados y armonizados con la investigación pluridisciplinar, en relación con las renovadas y graves instancias provenientes del mundo de la ciencia y de la sociedad; es por ello sumamente importante que la dimensión ética y el testimonio cristiano penetren todo el clima didáctico y todo el ambiente universitario, de modo que esta comunidad, que el p. Gemelli quiso limitada a un número programado de estudiantes, se convierta en un ambiente educativo en sintonía con el espíritu eclesial y con esa actitud de servicio que os ha transmitido el fundador como testamento espiritual y realización de lo que él llamaba el “sueño” de su existencia, es decir, ¡que se convierta en un ambiente de auténtica fe cristiana!

Quisiera recordar aquí las palabras que dirigía mi predecesor Pablo VI a los profesores y a los estudiantes de toda la Universidad Católica del Sagrado Corazón con motivo de la peregrinación realizada el 5 de abril de 1964: “¡La fe es bienaventuranza! No ilusión estupefaciente, no ficción mítica, no con-

suelo subrepticio, sino felicidad auténtica. La felicidad de la verdad..., la felicidad de la plenitud, la felicidad de la vida divina, hecha posible a una cierta y admirable participación humana. No mortificación del pensamiento, no estorbo a la investigación científica, no peso inútil para la agilidad del estilo espiritual moderno; sino luz, voz, descubrimiento que ensancha el alma y hace comprensibles la vida y el mundo; felicidad del supremo saber; y, vuelvo a repetirlo: felicidad del conocimiento, del conocimiento de la verdad” (Insegnamenti di Paolo VI. II. 1964, págs. 231 y ss.).

Queridísimos profesores y responsables de la dirección: A vosotros, sobre todo, confía la Iglesia esta tarea educativa, comprometedora, fascinante, y os la confía con preocupación, con lealtad y con confianza: los jóvenes estudiantes, futuros médicos, y los que han acabado ya su carrera, os miran como a maestros del saber científico, expertos en el arte y en la profesión médica, pero también, y sobre todo, como a maestros de vida y de compromiso moral. Este testimonio y este compromiso educativo exigen contacto continuo y fraterno con los colaboradores y los estudiantes, exigen dedicar tiempo y energías, el sacrificio de los intereses personales, incluso los legítimos; pero os compensará la alegría de ver florecer una generación de profesionales a la altura de los tiempos y de las necesidades de la humanidad que espera su servicio.

La luz de la fe

Cuando reflexiono sobre el número de los que han terminado aquí su carrera —son ya 2.412, que trabajan en Italia y en el extranjero e incluso en países de misión—, cuando pienso en el número y en la categoría de los profesores y del personal administrativo que puebla diariamente esta comunidad y la convierte en realizadora del bien, pienso en el gran don que el padre Gemelli y mis predecesores han hecho a Italia, a Roma, a la Iglesia; pienso en la iluminación y la ayuda que podrá aportar a la comunidad eclesial y a la sociedad civil la formación de médicos, enfermeros, diplomados, en las profesiones sanitarias.

Quiero recordar también, entre otros organismos, el “Centro de estudio y de investigación sobre los problemas de la fertilidad humana” y el consultorio dedicado a la formación de los consejeros familiares: de todas las escuelas de preparación y de especialización y de estos centros puede surgir para la sociedad y para la Iglesia un impulso inmenso de bien y de testimonio que es y será cada vez más la verdadera gloria de esta institución providencial.

Queridos jóvenes estudiantes: He venido a traer el consuelo y el ánimo de la Iglesia; he venido sobre todo para proclamar con vosotros la fe en Jesucristo, Hijo de Dios encarnado, Redentor del hombre y centro de la historia. No descuidéis la luz de la fe; ponedla en el primer lugar de vuestro espíritu; medítadla cada día y saciad vuestra sed en el manantial purísimo de la enseñanza de la Iglesia que, junto con la Eucaristía que se celebra diariamente a distintas horas en vuestra Iglesia, será el centro impulsor y el corazón vigoroso de vuestra comunidad, surgida del amor de Cristo, en quien bebieron los fundadores, y abierta al amor de los hombres y de los hermanos que más sufren y están más necesitados.

La armonía de vida

El futuro de esta Facultad, para cuya existencia y expansión encuentran tantas dificultades de carácter material sus responsables, dependerá de una triple armonía: la armonía de vuestra vida y de vuestros afanes educativos con la enseñanza de Cristo y de la Iglesia; la armonía de vuestra Facultad con la vida y los problemas de la Iglesia de Roma y de Italia; la armonía en el interior de la vida universitaria entre las personas y los componentes de esta comunidad. Armonía cuya sustancia debe ser la verdad, la colaboración leal y sincera y la ayuda recíproca.

Ciertamente, la tarea científica y las responsabilidades operativas son inmensas, diuturnas y casi agobiantes; la Facultad debe responder a compromisos de investigación, didáctica, puesta al día, cultura, asistencia médica; pero todo esto necesita un alma y una orientación clara: la estrella polar del trabajo cotidiano sólo se puede encontrar en la Palabra de Dios y en la enseñanza de la Iglesia. Y para que este contacto con la Palabra de Cristo y de la Iglesia sea constante y duradero, es preciso potenciar y vivificar los lazos con la comunidad eclesial: con la Iglesia de Roma, que os hospeda y necesita vuestro pensamiento y vuestra colaboración; con la Iglesia italiana, que indudablemente continuará sintiendo y sosteniendo cada vez más esta Universidad y esta Facultad que le presta ya tantos servicios; con la Iglesia universal, rica en humanidad y cargada con los problemas de todos los hombres.

La naturaleza misma de la investigación de la didáctica universitaria exige armonía y colaboración multiforme; pero la necesidad de formar un ambiente educativo en orden a una expresión de alta tensión moral exige todavía más una colaboración verdadera y fraterna. Esa armonía será la que haga sentir a los jóvenes la alegría de encontrarse en una familia y en una comunidad eclesial que, con la ayuda de los profesores, los responsables y los sacerdotes, continúe e intensifique la obra formativa de las parroquias y de las diócesis, de las cuales han sido enviados. Esa armonía será la que permita que se logren los fines institucionales y se cumplan las múltiples responsabilidades de servicio; esa armonía, enriquecida por la vida eclesial, será la que dé el testimonio que hoy se espera cada vez más de todas las expresiones y obras del mundo católico.

Con estos sentimientos repito la oración suplicante pronunciada el día de la inauguración del primer año académico por mi venerado predecesor Juan XXIII, mientras confiaba esta comunidad a María, Trono de la Sabiduría, expresándose para ello con las palabras esculpidas en el mármol de las paredes de vuestra iglesia central:

“*Beatissima Virgo María, Sedes Sapientiae, salus infirmorum, caelestis patrona, praesentissima opifera, in hoc domicilium, quod tuum est, misericordes oculos converte, hoc materno tuere praesidio*” (“*Bienaventurada Virgen María, Trono de la Sabiduría, salud de los enfermos, celestial patrona, poderosísima auxiliadora, vuelve tus ojos misericordiosos hacia esta casa que es tuya y protégela con tu maternal ayuda*”).

¡Mi bendición os acompañe siempre!

Compromiso del profesional de salud

Clase magistral dictada con motivo de la inauguración del Año Académico 1984



Dr. Arturo Jarpa G.

Deseo daros la bienvenida a esta casa de estudios superiores; en ella se han formado profesionales para la salud, por más de cincuenta años. La meta del Rector, fundador de esta Facultad, fue crear profesionales católicos de ciencia y de conciencia. Es una gran pretensión, pero don Carlos Casanueva, que fue el Rector a quien me refiero, contaba para ello con la existencia y franca cooperación de un Maestro. Ese Maestro, el único completo que ha tenido, tiene y tendrá el joven que ingresa: es Cristo. No podemos desear nada mejor ni debemos contentarnos con menos. Sólo alcanzaremos el deseo de don Carlos, si ponemos toda nuestra voluntad en acercarnos al Maestro señalado.

El universitario, busca, ama y sirve lo bueno, la verdad y lo bello. Sólo Dios posee estos atributos en su plenitud. El buen universitario puede negar la existencia de Dios, pero aún, así, lo sirve. El universitario católico tiene una gran ayuda, la fe, que le indica el recto sendero y la vida sacramental que le ayuda a seguirlo. Indicadas y otorgadas estas facilidades, la Universidad Católica tiene la obligación de ser exigente. Cristo así lo pide, cuando dice: "Sed perfectos, como vuestro Padre Celestial es perfecto". El enfermo va a necesitar vuestra perfección, ya que el buen médico y la abnegada enfermera, son su mejor droga y vuestros docentes desean y esperan que los superéis, en conocimientos, destrezas y entrega al servicio, ya que de otra manera, el proceso de enseñanza-aprendizaje sería un fracaso.

El lema de esta casa de estudios es: *Dios, la Patria y la Universidad*. Al conversar con vosotros, me detendré en algunas divagaciones simples, sobre estos tres grandes valores que van juntos.

No soy teólogo, por lo tanto sólo os recordaré que Dios os creó con amor y os creó uno a uno; sois seres únicos, no podéis ser reemplazados por nadie. Por la misteriosa razón de la genética, unida a la experiencia individual que otorga el medio, nadie ha existido ni existirá, igual a cada uno de vosotros, en el tiempo y en el espacio. Esta es la grandeza del hombre, elevado por Cristo a ser hijo de Dios y llamado, en Cristo, a la perfección. Esta es también la responsabilidad del hombre: alcanzar la perfección, para realizar la acción que Dios quiso de él, al crearlo.

Dios os llama a la perfección, siendo personas. Ahora deseo insistir en esta palabra que individualiza al hombre y que lo compromete. Aquí debemos recordar la definición de persona que nos entregó Emanuel de Mounier: "La persona no es el ser; es movimiento del ser hacia el ser y ella no es consistente sino en el ser que visualiza". Debéis ser personas y el ser que visualicéis sólo puede ser Cristo; así, lo bueno, la verdad y lo bello estarán a vuestro alcance y vuestra labor será, exactamente, la que Él desea, dando plenitud a vuestras vidas.

La Patria: Jóvenes, habéis tenido la suerte de haber nacido en Chile, país de cultura cristiana y occidental, que tiene por herencia la inquietud de perfección del griego, expresada en el pensamiento de sus filósofos y en las realizaciones de sus artistas. Por otra parte, la España conquistadora y civilizadora del siglo XVI y XVII es, tal vez, la mejor expresión del ansia de perfección, del mundo cristiano occidental, con su siglo de oro, pleno de santos, artistas y románticos guerreros, que trocó el límite del "non plus ultra" de la antigüedad, por el "plus ultra" que adornó los gallardetes y capas de los soldados del imperio y que dejó en Chile la siembra generosa de lo mejor de sus Guzmanes, señalando a nuestra raza la obligación de mirar siempre hacia adelante; en vuestro caso, el camino de la perfección. Plus Ultra debe ser un lema para la juventud universitaria de Chile.

Recordad: Tenéis un compromiso de perfección con Dios y con la Patria. Al entrar en la Universidad habéis elegido un camino difícil. En vuestra vida de estudiantes, nosotros que somos vuestros docentes y deseamos ser vuestros servidores, para que aprendáis a servir, os lo recordaremos permanentemente. El docente que no exige al alumno es como el padre que no lo castiga, no lo ama. Nosotros os queremos mucho.

Así, para no cansaros, llegamos a la Universidad y por añadidura Católica. Este apelativo, muestra clara y plenamente, lo universal, porque lo une a Dios, Señor del Universo. Una Universidad sin Dios queda limitada al hombre, y su conocimiento, belleza y virtud, quedarán muy menguados. Esto que os digo, se afirma en la historia de la Universidad, que nace al alero de la Iglesia Católica, en la antigua Europa, tratando de enyuntar, como dice Alfonso X el Sabio, al crear el Studium de Salamanca, al docente y al estudiante, para buscar la verdad. Los antiguos príncipes y eclesiásticos europeos comprendieron lo que ya os dije: El amor a lo bueno, la verdad y lo bello, es amor a Dios.

Uno, cuando es joven y llega a la Universidad, se siente un poco perdido y yo pretendo servirlos de guía inicial. No es fácil, no puedo transmitirlos lo que yo he aprendido. El docente sólo puede enseñar a aprender, el aprendizaje tiene que ser esencialmente activo si se quiere llegar a adquirir su propio yo. ¿Cómo ayudarlos en este momento de entrada a algo que tanto deseáis? Teilhard de Chardin dijo: "El pasado me reveló la construcción del futuro".

Dentro del pasado de nuestra intelectualidad hispánica, se destaca un gran pensador, don Miguel de Cervantes. Nos entregó su mensaje en la vida de don Quijote y Sancho. Sancho siempre deseó ser gobernador de una ínsula, tanto como vosotros habéis deseado ser universitarios. Después de muchas aventuras y aprietos, por fin consiguió el tan deseado nombramiento. Don Quijote, para ayudarlo a ser buen gobernador, como yo a vosotros, para ser buenos universitarios, le dio varios consejos. Nos detendremos a analizar algunos de ellos.

“Primeramente, ¡Oh Hijo!, has de temer a Dios; porque en el temerlo está la sabiduría, y siendo sabio no podrás errar en nada”. Creo que este consejo ya os lo di, pero no me agrada la palabra temer, la encuentro algo negativa y a mí me parece que el universitario debe ser esencialmente positivo. Si bien es cierto que en la Biblia, en el Eclesiástico, se recomienda el temer a Dios, en el versículo 14, dice: “El amor a Dios es gloriosa sabiduría”. Más debemos vivir en el amor que en el temor.

Continuemos con los consejos de don Quijote. “Lo segundo, has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte, como la rana que quiso igualarse con el buey”. Excelente consejo; mientras consideremos nuestra ignorancia más ansias tendremos de estudiar, de investigar, de perfeccionarnos en el arte. Recordemos que la definición de persona es de un dinamismo ascendente.

Dentro de la Universidad, entráis a la Facultad de Medicina y en este momento quiero entregaros algunas palabras que deseo que no olvidéis nunca: “La vida es corta, el arte es largo, la ocasión fugitiva, la experiencia falaz, el juicio dificultoso. No basta que el médico haga por su parte cuanto deba hacer, si por la suya no concurren al mismo objeto el enfermo, los asistentes y demás circunstancias exteriores”.

Estas sencillas palabras constituyen el pensamiento de Hipócrates el Grande, y es su primer aforismo. Es un mensaje de siglos, que nos une a los médicos y enfermeras en una hermandad de servicio al hombre enfermo. Debemos meditar, en estos momentos, en que vosotros entráis a esta Facultad y os pondréis a estudiar, primeramente la maravillosa estructura y función del ser humano; luego, las causas y mecanismos de patogeneidad, para, finalmente, ponernos en contacto directo con el hombre enfermo, compañero de nuestras vidas y meta de nuestros afanes, en estas frases del médico sabio, que nos debe unir a docentes y alumnos, en el aprendizaje del mejor servicio que debemos a nuestros enfermos. Desde este momento, somos un solo sujeto, ya que compartimos un mismo objetivo y sólo nos encontramos en distintas etapas del difícil camino de la sabiduría que exige la vida que hemos elegido. Debéis compenetraros con la idea de que para nosotros, los docentes, sois joyas que debemos pulir y que en vuestro futuro brillo podremos aquilatar el fruto de nuestra tarea. Pero recordad que este brillo del médico no es el oropel del status socioeconómico, sino que el amor a la creatura humana, exteriorizado en el estudio permanente y crítico, que acrecienta la observación del fenómeno biológico que nos corresponde enfrentar y modificar favorablemente y que mediante el empleo permanente del método científico logremos acercarnos, cada vez más, a la verdad y entregarla con amor a quien la necesita. Recordad que verdad y amor son dos palabras que, en su esencia,

tienen el mismo significado de grandeza. La vida del buen profesional de la salud, tal vez, debe sintetizarse en dos acciones: buscar permanente e incansablemente la verdad, para entregarla con amor al enfermo.

Después de su primer aforismo, Hipócrates señaló una serie de sabias observaciones, en 421 aforismos, en que entregó al médico el conocimiento y arte de siglos, introduciéndolo en una forma de inmortalidad.

Es el estudio del pasado y el descubrimiento del presente lo que hace posible y fructífera nuestra tarea. Para cimentar en ustedes este conocimiento enriquecido cada día en más de veinte siglos y permitirles enriquecerlo con nuevas observaciones, es que existe esta Facultad. Puedo decirles que ha sido fiel a la tradición médica y en ella se ha formado un sinnúmero de meritorios profesionales, cuyo recuerdo constituye un estímulo permanente, y vosotros estáis aquí para aprender a ser como ellos; así nos encontramos frente al proceso docente, a lo que entendemos por arte-ciencia de enseñanza-aprendizaje.

No es fácil definir lo que entendemos por enseñanza-aprendizaje en Ciencias Médicas y, sin embargo, deseo que lo entendáis bien, y para esto voy a entregaros un mensaje de otro médico, el Dr. Augusto Orrego Luco, que en su libro "Recuerdos de la Escuela" nos describe lo que, para mí, es la verdadera docencia en Medicina. Retrocedamos más de cien años y nos parecerá vivir el presente. El docente es el Profesor Doctor don Ramón Elguero y el aprendiz, el joven estudiante Augusto Orrego L. Estos dos médicos constituyeron eslabones de esta cadena que mantiene la continuidad de nuestra ciencia-arte. Este ejemplo es un tanto futurista, ya que tendréis que pasar más de dos años antes de encontraros frente al enfermo. Yo sé que deseáis verlo de inmediato, pero, para eso tendréis que estar más preparados en el conocimiento del hombre; pasar por algo que es de suma importancia: los llamados ramos básicos. Cualquier defecto que vosotros tengáis en el aprendizaje de estos ramos os hará poco sólidos en vuestra acción frente al enfermo y vuestro descuido de hoy será un engaño en el mañana.

Orrego presenta a su maestro en la forma siguiente: "Desde muy temprano principió a sentir la necesidad del trabajo y la responsabilidad del porvenir. Esa convicción de que en nuestra vida todo depende de nuestra energía y nuestra consagración al estudio, que el tiempo es nuestro tesoro y que no podemos disiparlo, es una convicción que oscurece nuestra juventud, pero que ilumina el porvenir. A esa juventud sin alegrías, sigue una vida sin arrepentimientos". Continúa Orrego y entra en el proceso docente. "La primera impresión de Elguero no era alentadora, pero luego esa impresión cambiaba por completo. Lo que pasó conmigo fue característico. Las primeras visitas pasaron en silencio: yo lo seguía, él examinaba a los enfermos y prescribía; y sin dirigirme la palabra, sin mirarme, como si yo no estuviera a su lado, pasaba al otro enfermo. En esas visitas silenciosas, yo notaba el trato respetuoso que daba a los enfermos; los saludaba al acercarse, les decía usted. Me llamaba la atención ese abandono de las familiaridades habituales en las salas del hospital. No era eso lo que entonces se veía en otras partes.

"En esa silenciosa y mutua observación iba pasando el tiempo. Un día se acercó a un enfermo nuevo. 'Esa es la facie de un febricitante', me dice lentamente, como si pensara en voz alta. 'Esa es la respiración de un neumónico. Observe el movimiento de las alas de la nariz. Fíjese en el enrojecimiento del

pómulo derecho. Eso indica que debe ser el pulmón derecho el afectado'. Enseguida, hizo unas cuantas preguntas al paciente y supimos que la enfermedad había empezado el día anterior con un intenso escalofrío, una fiebre violenta y que el enfermo sufría un dolor de punzada en el costado. Percutí los dos pulmones en la espalda, haciéndome notar la diferencia de sonidos. Después ausculté cuidadosamente. 'El ruido que usted siente en el pulmón derecho, es el crépito fino de la neumonía; el pulmón izquierdo funciona con esfuerzo; es el pulmón más chico y tiene que hacer el trabajo de los dos. Ahora voy a auscultar el corazón. Eso no se debe olvidar nunca cuando se examina a un neumónico. Un corazón que no funciona bien es de mal augurio. Los neumónicos mueren por el corazón'. Después me hizo notar que había tos, pero no había desgarro todavía. 'Siga este caso y lea algo sobre neumonía'.

"Al día siguiente volvió al examen de los síntomas, tratando de darme una explicación de los fenómenos, el porqué se producía la matidez al percutir y por qué se producía ese crépito en la auscultación. Me hizo ver que las lesiones eran más extensas, y en qué consistía el desgarro característico de la neumonía, que ya había aparecido.

"Así seguimos estudiando atentamente la evolución de ese proceso mórbido. Cada día se iban ensanchando con nuevos datos mis ideas y precisando mis nociones. Y al mismo tiempo se iba despertando en mí un sentimiento nuevo: la pasión de la observación. Seguía el desarrollo de la enfermedad con el interés apasionado con que se sigue un drama.

"Un día me dice, después de percutir la espalda del enfermo: 'Fíjese, la zona de matidez no es tan extensa, el área afectada se reduce, mañana tendremos un cambio'.

"Y al día siguiente me hizo auscultar. '¿Nota usted algo?'. 'El ruido es distinto'. 'Sí', me dijo con una ligera sonrisa de satisfacción, 'eso que usted oye es el crépito de vuelta. Ya la enfermedad va a terminar'.

"Existía otra persona silenciosa al lado del enfermo, era la hermana de caridad; nunca la vi ausente de las visitas, siempre llegaba a la sala antes que nosotros. La sala era en extremo limpia, no existían moscas.

"Las pobres ropas de las camas eran de una blancura inmaculada y los enfermos ya estaban aseados cuando eran examinados; tampoco noté faltas en la nutrición o administración de fármacos.

"En el silencio que exige la acción médica, siempre observé la mirada del enfermo y la del Dr. Elguero, cargada de justo agradecimiento, hacia esa hermana de servicio, sin cuya presencia la acción médica no habría sido fructífera. Hoy es la enfermera universitaria la que se ha responsabilizado de todas estas acciones técnicas, que deben estar impregnadas del cariño de una madre, esposa o hermana, compartiendo con el enfermo y el médico el dolor y el éxito."

Si nos detenemos en esta hermosa lección de Medicina que, con tanta maestría, nos relata el médico escritor Augusto Orrego, podemos deducir algunos hechos.*

El médico y la enfermera no se improvisan. Elguero se formó utilizando cada momento de su vida; sabía que era corta. El aprovechamiento del tiem-

* Los tres últimos párrafos no pertenecen al texto del doctor Augusto Orrego.

po es fundamental, porque nuestro tiempo no empleado en aprender o atender significa sufrimiento y muerte de un hombre. Rudyard Kipling, que aconsejó tan bella y sabiamente a la juventud, se expresó así: “Un instante de trabajo que a ti, Señor, te rehusamos será para in eternum un delito imborrable”.

El tiempo corto y el arte largo van muy unidos y el primero adquiere dimensión eterna cuando se emplea en la perfección del arte. Cada minuto de un médico o enfermera, estudiando, practicando o enseñando su arte, puede representar siglos de acción.

“La ocasión es fugitiva”. Cada momento es distinto en la vida del hombre. Cada instante trae un mensaje que debemos estar prontos para percibir e interpretar. El médico y enfermera siempre deben estar alerta al lado de su enfermo. Entre más tiempo le dediquemos, mientras más lo observemos, más completo será nuestro conocimiento. Esta advertencia de la “ocasión fugitiva”, hecha por Hipócrates, la deben tomar y reconocer en su vida el médico y la enfermera y la expresa Orrego, cuando percibe un cambio en su actitud al decir: “Y al mismo tiempo se iba despertando en mí un sentimiento nuevo: la pasión por la observación”. Señores, estamos en un mundo maravilloso, lleno de hechos no conocidos; cada uno de nosotros es diferente; aprendamos a observar y descubriremos en nuestros enfermos lo que ayer nadie soñaba que existía. La prueba de la verdad de lo que digo la da el propio Orrego, que posteriormente entregó al mundo médico sus observaciones que enriquecieron la Medicina.

Al tocar este punto de la capacidad de observar, que indudablemente existe en todo hombre y que el médico y enfermera deben perfeccionar todos los días, fijémonos cómo se motivó en Orrego. Las primeras lecciones de Elguero fueron mudas. La palabra sólo la dirigió el docente cuando se dio cuenta de que la acción había sido observada; cuando captó, claramente, que el alumno había descubierto que existía un médico que se dedicaba a una persona que era el enfermo, al que trataba de usted, como a su Señor y en el que se desarrollaba una enfermedad que él debía conocer para mejorar su curso. Esta fue la primera lección que el alumno captara de la actitud del médico: que entendiera que estaba para servir a una persona, que es nuestro Señor. Luego se continúa aprovechando el tiempo y tomando la ocasión en forma perfecta: se le enseña a reconocer el signo, a buscar el síntoma y a relacionarlo con los procesos patológico y fisiológico. El alumno comprende que el síntoma y el signo son mensajes de algo anormal que está pasando en el interior de ese organismo. A través de su observación diaria se da cuenta de la respuesta favorable al tratamiento y así se va estableciendo esa comunicación de conocimientos y destrezas de siglos, junto a la cama del enfermo, en que existe el deseo de la mejoría, pero en que se sabe que es necesario conocer la verdad de lo que sucede, para lograrla y el docente reconoce que “la experiencia es falaz” y no se siente conocedor de todo y le recomienda al alumno: “siga este caso y lea algo”. Es necesario saber lo que dicen los otros sobre esto que estamos observando. La lectura del texto y la revista científica nos amplían y completan nuestra observación y así el tiempo y la extensión de la tierra son nuestros, para servir mejor a nuestro enfermo. Luego dialogaremos con nuestros compañeros y con el docente sobre los nuevos conocimientos, y

nuestra riqueza será compartida y mayor. Pero, muchas veces nuestra detenida observación, todo nuestro estudio y nuestro diálogo permanentes no nos permitirán visualizar la verdad que necesitamos y de esta inquietud nace la investigación científica original, a la que cada universitario está llamado y es el arma que tenemos para hacer que el juicio resulte claro. Es, indudablemente, la más noble de las actividades. Platón se expresó así de ella: “También a mí me lo parece, Menon. A decir verdad, hay algunos puntos en mi razonamiento sobre los cuales no me atrevería a ser realmente aseverativo; pero que, considerando como un deber buscar lo que ignoramos, nos volvemos mejores, más enérgicos, menos perezosos que si consideramos imposible y ajeno a nuestro deber la búsqueda de la verdad desconocida, esto me atreveré a defenderlo contra todo el mundo, en la medida de mi capacidad, por medio de mis conversaciones y mis obras”.

Hasta aquí comentamos la primera parte del aforismo de Hipócrates; está presente en nuestra vida de médicos y existe un camino claro que debe guiar nuestros pensamientos y acciones. Luego se nos señala, en la segunda parte, que el profesional de salud pertenece a un medio que debe serle propicio para que su acción sea fructífera y somos nosotros, los mismos médicos y enfermeras, los indicados para señalar los cambios necesarios.

Para que el enfermo coopere con nuestra acción debemos ganar su confianza. Así lo expresó Galeno: “Cura mejor quien tiene la confianza de las gentes”. Obtener esto es un trabajo de artistas y el mejor arte es, en este caso, la vida del profesional, entregada al perfeccionamiento en el servicio. No siempre es fácil el trato con el hombre enfermo y así lo reconoce Maimónides, cuando en su plegaria pide a Dios: “Incúlcame, Dios mío, indulgencia y paciencia al lado de los enfermos toscos y testarudos”.

Para modificar el medio y hacerlo propicio para su acción, el profesional de salud debe ser siempre un educador y posiblemente ésta es una de sus acciones de más rendimiento. En esta acción educativa se basa la Medicina Preventiva que mejora la salud de los pueblos. Nuestra actitud siempre debe ser positiva; es mucha la gente que rodea al enfermo y desea servirlo; para ellos siempre debemos tener una actitud de agradecimiento y al mismo tiempo indicarles cómo servir bien. Pero al mismo tiempo debemos ser firmes para mantener la verdad, frente al equivocado que actúa guiado por motivaciones de egoísmo y se convierte en un ser dañino.

Nuestro ambiente de trabajo debe estar impregnado de amor al enfermo que se traduzca en todo aquello que lleva a su confort: la limpieza escrupulosa, vestidos y ropas adecuados, la alimentación reparadora, el trato solícito y estimulante; el conocimiento al alcance de todos: en el diálogo instructivo, en la biblioteca que satisfaga las ansias del conocimiento y en la investigación rigurosa y compartida.

La tarea que tenemos por delante es grande y hermosa, y debemos sentirnos capaces de realizarla. Pero, ¿cómo hacerla? Para esto debemos tener una gran motivación. Vosotros sois jóvenes y entenderéis fácilmente si os hablo de la mayor motivación, aquella que pide Maimónides al comienzo de su plegaria, cuando dice: “Llena mi ánimo de amor para el arte y para todas las creaturas”.

Ocho siglos después Teilhard de Chardin nos afirma su fe, en esta motivación, con las siguientes palabras con las que deseo terminar este primer contacto con vosotros: "Sólo el amor, por la sencilla razón de ser el único que toma y reúne a los seres por el fondo de sí mismos, es capaz —y éste es un hecho de la cotidiana experiencia— de dar plenitud a los seres, como tales, al unirlos".

NOTA BIOGRAFICA

Doctor Arturo Jarpa Gana

Ver "Educación Médica U.C.", Nº 2, 1984, pág. 64.

Inauguración
Año Académico de Medicina
Entrega de grados Académicos Honoríficos
a Profesores Eméritos y Miembros
Honorarios de la Facultad de Medicina
Abril, 30 de 1985

Discurso del Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile



Prof. Dr. Juan de Dios Vial C.

Hay un rasgo muy propio de la Medicina y es que su ejercicio está íntimamente ligado a su enseñanza. El texto venerable del juramento hipocrático, consagra ese lazo al decir: "Al que me enseñó este arte lo veneraré como a mis padres...". Porque la Medicina no es sólo una ciencia ni una tecnología, sino una forma de vida, en la que se es engendrado por la enseñanza y el ejemplo.

Por eso, a la hora de rendir homenaje a hombres a quienes tanto debo en mi propia formación, veo una coincidencia feliz en hacerlo como Rector de la Universidad y en reconocer mi deuda, y la deuda de esta Casa toda para ellos. Tomo la representación de la multitud de sus alumnos, de los que reconocen como una de las partes mejores de sus vidas profesionales el sello que ellos nos grabaron.

No me toca a mí detallar la obra de nuestros homenajeados. Todos sabemos de la imaginación y el entusiasmo que le consagró Raúl Croxatto a la Bioquímica y al Laboratorio Clínico, desarrollando una obra magníficamente creativa en medio de dificultades materiales aplastantes. Generaciones de estudiantes han conocido la emoción de adentrarse en el trabajo clínico hasta madurar en él bajo la guía experta de Gabriel Letelier, ejemplo de las mejores virtudes médicas. La Urología nació en nuestra Escuela gracias a Raúl Dell'Oro, quien puede mirar hoy con alegría el fruto de una larga dedicación constante e inteligente. Roque Kraljević le ha aportado a la Escuela de Medicina la ayuda valiosísima de su talentoso esfuerzo en Enfermedades Infecciosas.

Cada uno de ellos ha significado

una innovación en nuestro trabajo universitario, le ha traído a la Escuela algo que le faltaba y ha dejado, así, una huella que es la marca de su espíritu.

Otro tanto puede decirse de Fernán Díaz y de Ramón Ortúzar. La organización y la conducción de nuestro Servicio de Rayos constituyen una página escrita con sacrificio, talento y perseverancia en la historia de nuestro Hospital. El desarrollo de la enseñanza de la Medicina Interna, la formación de nuestros propios profesores, la organización de un Servicio ejemplar, son obra digna de un modelo de maestros.

Por eso nos alegramos de que con su empuje de siempre quieran seguir sirviendo con nosotros. Pero a la hora de consagrar con este diploma la continuación de su trabajo, yo quiero exaltar públicamente una condición de ellos que me parece especialmente ejemplar. En el curso de tantos años, personalidades fuertes y sinceras no han podido pasar sin contradicciones. Siempre los hemos visto posponer sus propio interés, ahogar sus legítimos sentimientos, al servicio de la obra de la Universidad, del bien de sus alumnos y colegas. Cada vez que se ha presentado la ocasión nos han dado ejemplo de abnegación y de nobleza.

Con ese sacrificio, con esa entrega generosa de sí mismos, se puede engendrar la vida para otros. Así se constituye el maestro cuyo sello marca el alma de sus discípulos, el maestro al que el juramento hipocrático nos prescribe que honremos.

Al desearles muchos años de fecundo trabajo entre nosotros, les agradezco, en nombre de la Universidad, por cuanto han hecho por ella y les expreso, públicamente, mi admiración y gratitud.

**Discurso de entrega
de Grados Académicos
Honoríficos, en
representación del Consejo
de la Facultad de Medicina**

Dr. Gastón Chamorro S.

Tengo el honor de representar al Consejo de la Facultad de Medicina, que hoy se complace en distinguir a un selecto grupo de sus profesores que recibirán los grados de Profesor Emérito y de Miembro Honorario de la Facultad.

Tales distinciones se otorgan a académicos que han cumplido una dilatada y valiosa labor en beneficio de la Facultad, comprometiendo su gratitud. Representan, por lo tanto, un reconocimiento muy especial de nuestra comunidad académica, ratificado por el Consejo Superior de la Universidad.

Debo mencionar en este momento que junto a los profesores que hoy distinguimos hay numerosos académicos que han dejado la Facultad, cuya contribución a ella los hace acreedores a distinciones similares que el Consejo de Facultad tendrá oportunidad de propiciar en el futuro.

En esta ocasión, el distinguir a estos profesores tiene un significado particular que es necesario destacar. Como bien sabrán apreciar ustedes, se trata de médicos y educadores que han entregado su talento y esfuerzo desde los comienzos mismos de la vida de nuestra Escuela de Medicina. Un denominador común a todos ellos es haber formado y contribuido a desarrollar las cátedras y servicios de su respectiva competencia. En este sentido, podemos decir que ellos son verdaderos pioneros, que han contribuido con su personalidad a trazar el camino inicial de la Escuela y del Hospital Clínico. Bien sabemos lo que ello significa en el destino de cualquier institución y en particular de la nuestra.

Se me ha pedido hacer una breve presentación de estos profesores

antes de solicitar al señor Rector que les confiera el grado honorífico correspondiente. El tiempo no permitirá hacer otra cosa que un sucinto relato de su actividad curricular. No podré abarcar en detalle las actividades y logros de cada uno en la Escuela de Medicina ni referirme en forma completa al significado que han tenido como médicos en sus respectivas especialidades; menos aún entrar en el campo de sus publicaciones. Más bien, he tratado, en unas pocas frases, de reflejar la esencia de lo que cada uno ha sido para la comunidad académica y estudiantil de la Facultad. Afortunadamente, estos Profesores son para la mayoría de ustedes bien conocidos, y estoy seguro de que de este conocimiento brotará el afecto que la Facultad quisiera entregarles con el grado que hoy les otorga.

Con el grado de Profesor Emérito de la Facultad de Medicina han sido distinguidos los Profesores Fernán Díaz Bastidas y Ramón Ortúzar Escobar.



Prof. Dr. Fernán Díaz B.

El Dr. *Fernán Díaz Bastidas* recibió su título de Médico-Cirujano en 1938. Ingresó a la Facultad de Medicina como Ayudante-Alumno en la Cátedra de Biología General en 1932; fue Jefe de Laboratorio de la misma cátedra en 1938 y Profesor Auxiliar en Embriología en 1942. Adquirió la categoría de Profesor Adjunto en 1952 y fue designado Profesor Titular de Radiología en 1969, desempeñándose brillantemente como tal hasta la fecha. Ha sido Jefe del Servicio de Radiología del Hospital Clínico y a partir de 1943, por largos años, Jefe del Departamento de Radiología de la Facultad. A él le cupo una importante labor en la organización y jefatura inicial del Servicio de Radiología del Hospital Sótero del Río. Su responsabilidad en la vida de la Facultad involucró el área académica, como miembro de las Comisiones de Promoción y al alcanzar la Dirección de la Escuela de Medicina que ejerció entre 1961 y 62 y entre 1965 y 66. También en el área de administración su contribución es significativa, especialmente si se consideran los difíciles tiempos en

que se efectuaban las adquisiciones de los primeros equipos radiológicos.

En su formación, sobresalen su contacto inicial con el destacado Profesor Erich Heegewaldt en el Servicio de Radiología del Hospital San Borja y estudios de especialización en importantes centros radiológicos europeos y norteamericanos.

Como radiólogo en la Facultad, se le define brevemente: ha sido fundador de la especialidad y un impulsor constante de la misma. Nutrido de la técnica y rigor científico de la radiología alemana, el Dr. Díaz ha sido el creador de una Escuela de Radiología de justo prestigio en el país. Ha sido maestro y formador

de numerosos radiólogos que se desempeñan con brillo en diversas Facultades del país, como también del extranjero.

A él se debe gran parte del impulso para crear el Registro Nacional de Tumores Oseos, herramienta importante para integrar el conocimiento de diversos especialistas en este campo.

Finalmente, quisiera resaltar en la personalidad del Dr. Díaz su rigurosidad en la observación y elegancia en la descripción de los fenómenos, que lleva más allá de la placa radiológica y que sabe transmitir tan efectivamente a sus colegas y alumnos.

Mensaje a los alumnos

"En toda mi vida universitaria he tratado, sin desmayo, de enseñar y de hacer lo mejor posible. Pero he caído en cuenta que he dado poco en comparación con lo que he recibido de la Universidad; como en la parábola, sin merecerlo, he recibido el ciento por uno".

Dr. F. DÍAZ B.



Dr. Ramón Ortúzar E.

El Profesor *Ramón Ortúzar Escobar* recibió su título de Médico-Cirujano en 1940, obteniendo el Premio Clin al mejor egresado, similar al premio actualmente otorgado por el Colegio Médico. Se incorporó a la Facultad en 1934 como Ayudante-Alumno en la Cátedra de Biología; posteriormente fue ayudante en la cátedra de Fisiopatología en 1938 y Jefe de trabajos prácticos de la misma en 1941.

Su inquietud por la vida académica de la Facultad ha sido permanente, lo que lo llevó a la Secretaría Académica de la Facultad en 1960

y al cargo de Decano entre 1972 y 1975. Durante este período se dieron los primeros pasos que llevarían a materializar un proyecto muy significativo para la Facultad y el Hospital Clínico, cual es el Centro de Diagnóstico. Asimismo, se preocupó, durante su Decanato, de fortalecer las relaciones docente-asistenciales con el Hospital Sótero del Río y con la Región de Talca, de conocida trascendencia para la docencia de pre y posgrado en nuestra Escuela de Medicina.

El Dr. Ortúzar ha sido una piedra angular de lo que es la Medicina Interna en la Facultad de Medicina de la Universidad Católica. Se hizo cargo de la Cátedra en 1949 y originó el sistema de trabajo docente que impera hasta la actualidad, en el que destacan las reuniones clínicas y anatomoclínicas que dirige con maestría. Ha sido Jefe del Departamento y del Servicio de Medicina y una figura muy importante en toda la organización de la docencia de Medicina.

En su labor como docente es necesario poner énfasis a su preocupación por la persistencia del rol importante de la Medicina Interna como balance al progreso vertiginoso

de la especialización y también el haber sabido poner de relieve las consecuencias que excesos de tecnología puedan tener sobre la práctica de la Medicina y sobre el hombre enfermo.

El significado del Dr. Ortúzar en Medicina Interna ha trascendido con mucho los límites de la Facultad. Ha sido presidente de la Sociedad Médica, gran impulsor de su desarrollo y paladín de brillantes debates médicos que en ella ocurrían y que hoy muchos añoran. Es por ello que al Profesor Ortúzar puede con justicia considerársele uno de los grandes clínicos chilenos, que han prestigiado la medicina de nuestro país.

El reconocimiento a sus méritos ha sido múltiple y sólo destacaremos ahora el que le diera Su Santidad Juan Pablo II al nombrarlo Caballero Comendador de la orden de San Silvestre Papa, en 1980.

Al conferírsele el título de Profesor Emérito, debemos señalar que él posee en grado máximo la esencia del ser Profesor, el interés y el cariño por la docencia, como lo han reconocido siempre sus discípulos y alumnos. En este sentido, ha sido un ejemplo para todos nosotros.

Mensaje a los alumnos

"El progreso tecnológico que se ofrece con insistencia al clínico debe considerarse sólo como una herramienta más a emplear cuando un buen juicio crítico lo indique. Nunca la máquina reemplazará la capacidad de abstracción, raciocinio, análisis crítico, integración y deducción de la mente humana".

Dr. R. ORTUZAR E.